

CAPÍTULO 6

Feudalismo y mercados

Octavio Colombo

Los debates en torno a la relación existente entre el sistema feudal y el desarrollo de la circulación de mercancías constituyen un tópico historiográfico recurrente. Las investigaciones han oscilado desde el postulado de la incompatibilidad absoluta en un extremo, hasta la afirmación de una simbiosis estructural positiva en el otro, un abanico de posiciones que de por sí da cuenta de la complejidad del vínculo entre ambos fenómenos. Como veremos más adelante, además, esas distintas posiciones han estado fuertemente influidas por concepciones teóricas divergentes.

El objetivo fundamental en este capítulo es brindar una visión sintética de las dos corrientes historiográficas más importantes que han tratado la relación entre feudalismo y mercados en el último cuarto de siglo. Nos referimos al revisionismo smithiano, también conocido como “tesis de la comercialización”, y al enfoque institucionalista inspirado en la obra de Douglas North. Antes de exponer estas concepciones, sin embargo, es necesario realizar una reseña del contexto disciplinar en el que surgieron. Por último, se mencionan algunos elementos de análisis

alternativos que, aunque no han tenido un desarrollo historiográfico de importancia, consideramos pertinentes para renovar la problemática estudiada.

Los antecedentes

La exposición clásica de la tesis de la incompatibilidad entre feudalismo y mercados fue elaborada por el historiador belga Henri Pirenne (1960, 1997) en la primera mitad del siglo XX. En su opinión, la desaparición del comercio mediterráneo de larga distancia desde el siglo VIII, producto de la expansión musulmana, era el factor clave del surgimiento de una economía cerrada de base agraria. Por contraste, la organización económica del mundo antiguo se habría caracterizado por la circulación mercantil en el ámbito mediterráneo, sostenida por la moneda de oro imperial, que habría permitido la unificación económica del Oriente y Occidente romanos. En opinión de Pirenne, esta situación no habría sido afectada por las invasiones germánicas que provocaron la caída del Imperio romano de Occidente y la fragmentación política de su territorio. Por el contrario, los reinos germánicos habrían garantizado la continuidad de la sociedad antigua en todos sus aspectos económicos esenciales, como así también en los políticos e intelectuales. El dominio bizantino sobre el Mediterráneo oriental aseguró la continuidad del comercio de larga distancia, de la circulación monetaria áurea y por lo tanto de la civilización urbana y mercantil de Occidente. “Mírese por donde se mire, el período inaugurado por el establecimiento de los bárbaros en el Imperio no ha introducido en la historia nada absolutamente nuevo... El aspecto de Europa cambia, pero su vida en el fondo permanece inmutable” (Pirenne, 1997: 114-115).

La situación se modifica radicalmente con la expansión islámica que, al ocupar las costas asiática, africana e ibérica, habría producido un cierre abrupto del Mediterráneo para los comerciantes del mundo cristiano. Este hecho decisivo, según Pirenne, habría aislado a la Europa occidental (con la excepción de Venecia, que sigue vinculada a Bizancio), dando nacimiento a una Edad Media caracterizada por la autosuficiencia agraria. El ascenso carolingio manifiesta esta nueva orientación terrestre de la civilización europea: la desaparición del comercio provoca el debilitamiento de los Estados que obtenían sus ingresos de los gravámenes a la circulación y por lo tanto el ascenso de la aristocracia territorial que será la base del feudalismo clásico. La decadencia urbana, el desplazamiento del oro como moneda y la desaparición de la clase de los mercaderes completan el cuadro de esta nueva civilización puramente rural y atomizada. Pirenne retomaba así la contraposición entre economía natural y economía monetaria que había sido elaborada por la llamada Escuela Histórica Alemana, pero proponiendo una datación donde el acontecimiento crucial no era la caída del Imperio romano de Occidente sino la expansión en el Mediterráneo de las sociedades islámicas (Weber, 1989).¹

El feudalismo, entonces, se definiría por la ausencia de intercambios comerciales, característica esencial de la cual se derivaban una serie de rasgos adicionales complementarios: reducción de la acuñación y circulación de moneda, desaparición de las ciudades y de la burguesía, etcétera. Pirenne reconocía la pervivencia de intercambios locales en el ámbito aldeano, cuestión sobre la que volveremos

1 Entre los historiadores alemanes, sin embargo, la tesis de la continuidad entre el bajo Imperio y los reinos germanos también fue agudamente defendida por Dopsch (1982, 1943), pero sobre la base de objetar la pertinencia de la contraposición entre economía natural y monetaria.

más adelante, pero consideraba que eran elementos secundarios de una economía basada en el feudo como entidad cerrada, autárquica y autosuficiente.

A partir de este diagnóstico, como es obvio, el renacimiento comercial y el desarrollo urbano que se registra a partir del siglo XI se caracterizaba como un proceso de expansión llevado adelante por una nueva clase burguesa de inspiración capitalista. Para el siglo XII, y luego del relativo éxito de la Primera Cruzada, el desarrollo de la circulación mercantil “transforma definitivamente la Europa occidental, liberándola de su tradicional inmovilidad a que la condenaba una organización social que sólo dependía de los vínculos entre hombre y tierra” (Pirenne, 1962: 69).² El crecimiento de las ciudades que es consecuencia inmediata de este desarrollo no sólo transforma la organización económica del campo, induciendo a los campesinos a producir para el mercado, sino que también contribuye a difundir el principio de libertad personal que a la larga propiciará la emancipación de las clases rurales sometidas. El progreso se presenta como ascendente pero no necesariamente lineal: el impulso comercial será obstaculizado pero no se detendrá a pesar de la crisis agraria de la Baja Edad Media y de las reglamentaciones monopólicas de las ciudades.

Este esquema de interpretación tuvo una gran influencia en la historiografía. En el área hispánica, García de Valdeavellano (1983) analizó según estos parámetros el desarrollo urbano y la formación de la burguesía medieval en el recorrido de las peregrinaciones a Santiago de Compostela. En nuestro país, José Luis Romero (1979) mantuvo el esquema de Pirenne como sustrato de su amplio análisis de la revolución burguesa en el mundo feudal. Veremos más adelante cómo una parte importante de este enfoque resurge en la historiografía más reciente.

2 Para una opinión contraria, *cfr.* Cahen (1989: 58-325).

El punto más significativo de esta tradición historiográfica es el principio de la externalidad absoluta entre feudalismo y mercado. Su relación es un juego de suma cero. El feudalismo surge cuando desaparecen los mercados y todos sus atributos se derivan de este hecho. Por lo mismo, el resurgimiento mercantil es simultáneamente un retroceso del feudalismo. Puesto que las ciudades se consideran un subproducto de la circulación, su relación con el feudalismo es igualmente antagonica. Además, en esta dicotomía básica el feudalismo es el polo de la inmovilidad y el estancamiento, mientras que el mercado constituye el principio dinámico y estimulante de la creatividad de los sujetos. Las tendencias a la reproducción y a la transformación que caracterizan a toda formación social aquí aparecen desdobladas y sin conexión intrínseca entre sí.

La tesis del circulacionismo clásico que acabamos de exponer comenzó a perder terreno en la historiografía a partir de mediados del siglo XX, especialmente a causa de las críticas y propuestas alternativas formuladas por dos enfoques diferentes: el maltusiano y el marxista.

Michael M. Postan es el mejor representante de la primera corriente. En un artículo de 1944 que tuvo gran difusión objetó abiertamente las explicaciones del crecimiento medieval basadas en la expansión de la economía monetaria. Consideraba que era “una de las hipótesis residuales de la historia económica, un *deus ex machina* al que recurrir a falta de otra explicación”; en definitiva, una generalización abstracta cuya única eficacia era ocultar los problemas irresueltos por los historiadores (1981a: 38). Postan hacía un examen riguroso de los supuestos ambiguos de tal formulación y de la falta de apoyo documental para los mismos. Con aguda sensibilidad histórica proponía reemplazar esta concepción de una “tendencia inexorable del progreso humano” (1981a: 47) hacia la economía monetaria por una

visión no lineal ni apriorística, centrada en el estudio de los cambios históricos que llevaron en ciertas coyunturas a que los seres humanos abandonaran la autarquía doméstica, lo que hasta la revolución industrial no resulta ser un fenómeno continuo o meramente acumulativo. “Desde este punto de vista, no ha habido una expansión de la economía monetaria, sino varias expansiones de varias economías monetarias” en distintas circunstancias, como resultado emergente de movimientos históricos más profundos (1981a: 49). De esta manera, Postan ponía el énfasis en el carácter cíclico del desarrollo económico preindustrial, retomando un aspecto que ya había sido señalado por Pirenne (1914) pero que difícilmente podía articularse con el modelo del circulacionismo clásico derivado de su obra.

La explicación alternativa de Postan fue expuesta en un trabajo originalmente presentado en 1950 que se convirtió en el manifiesto fundamental del medievalismo maltusiano (1981b). Allí se proponía analizar la economía medieval en sus tendencias generales, “sin fijar únicamente la atención en el funcionamiento de las instituciones legales y sociales y en las relaciones entre las diferentes clases sociales”, aunque en rigor su propuesta consistía casi en no fijarse en tales variables (1981b: 5).³ El factor decisivo, según Postan, era la relación entre población y recursos en una economía predominantemente agraria. Partiendo de un punto de equilibrio, cuando la población aumenta es necesario poner en producción nuevas tierras que hasta entonces no habían sido utilizadas por su mediocre calidad. El cultivo de estas tierras marginales permite aumentar el volumen de la producción pero a costa de la disminución de la productividad

3 Como Postan mismo reconoce a renglón seguido, al lamentar “tener que *aislarlas* [a las cuestiones económicas] de otros fenómenos más claramente institucionales y sociales, lo que significa aislarlas del acontecer histórico en su conjunto” (énfasis añadido).

media del trabajo agrario. Lo mismo ocurre con la intensificación del uso de las tierras más fértiles, lo que acelera su agotamiento y por lo tanto reduce los rendimientos. Esta tendencia decreciente de los rendimientos agrarios había sido formulada originalmente por el economista David Ricardo a principios del siglo XIX para sostener su teoría de la renta diferencial de la tierra; y aunque se demostró errónea para la agricultura capitalista, parecía adecuarse a una economía agraria preindustrial de crecimiento extensivo.

En la medida en que este proceso continúe, entonces, impulsado por una tendencia demográfica ascendente, la brecha entre población y recursos será cada vez mayor, dado el crecimiento relativamente más lento de los segundos. Como reflejo de ello, los precios agrarios tenderán a subir, lo mismo que la renta de la tierra, dada su creciente escasez relativa, mientras que los precios de los productos manufacturados y los salarios reales bajarán, afectando las posibilidades de subsistencia de los productores directos. En cierto momento, la contradicción entre población y recursos se traducirá necesariamente en una crisis demográfica que restablezca el equilibrio. Las grandes mortandades, en este sentido, funcionan como correctivos malthusianos que eliminan el exceso de población. La crisis demográfica de la Baja Edad Media se explica entonces como “un castigo natural a la excesiva expansión de tiempos anteriores” (Postan, 1981b: 19).

El planteo malthusiano, como puede verse, tiene por objeto desplazar la importancia atribuida a los mercados en la explicación de la economía medieval, postulando la prioridad del movimiento poblacional como causa primera de la alternancia de ciclos de expansión y recesión. La propuesta recibió diversas críticas, en especial al uso ingenuo del concepto de tierras marginales y a la dificultad para dar cuenta de la continuación del ciclo recesivo luego de la gran caída

poblacional de las décadas centrales del siglo XIV (Bailey, 1989; Hatcher y Bailey, 2001: 121-ss.).⁴ Desde el punto de vista de nuestro tema, sin embargo, debe destacarse que este paradigma se basa fuertemente en el presunto funcionamiento de las leyes de oferta y demanda propias de una economía de mercado. En efecto, la explicación demográfica razona en términos de la escasez relativa de los factores de producción —la tierra y el trabajo—, lo que se reflejaría en la evolución de sus precios respectivos y por lo tanto en la distribución del producto social a través de la determinación de los precios de los bienes, los salarios y las rentas. Esta suposición implícita, como es lógico, resulta muy discutible para una sociedad donde las relaciones de producción y distribución están fuertemente determinadas por factores no sólo extra mercantiles sino incluso extra económicos: justamente esas “relaciones entre las diferentes clases sociales” que Postan se propuso dejar de lado. Resulta muy instructivo, respecto de la vitalidad del enfoque mercantil, esta sintonía teórica subyacente con una de sus principales corrientes detractoras.

Es interesante señalar, contra lo que podría deducirse de este brevísimo resumen, que Postan no llegó a estas conclusiones por desinterés o (menos aún) desconocimiento de la problemática del comercio medieval. Muy por el contrario, comenzó sus investigaciones de historia económica dedicándose al tema y nunca lo abandonó completamente.⁵ Conocía especialmente las características económicas e institucionales del comercio y las finanzas de Inglaterra y de la Liga Hanseática. Consideraba que, por contraste con

4 Boserup (1967) objetó íntegramente el principio maltusiano según el cual la población debía adecuarse al nivel de la producción, sosteniendo una causalidad inversa donde la producción y las técnicas se adecuan al nivel de la presión demográfica

5 La compilación de sus trabajos más importantes está en Postan (1973).

el comercio mediterráneo de larga distancia, el circuito que unía el Mar del Norte y el Báltico, desde Inglaterra hasta Rusia, tenía una importancia histórica mucho mayor, ya que se componía de una proporción relativamente alta de bienes de consumo cotidianos, y no sólo de productos suntuarios. Pero incluso en sus más tempranos trabajos Postan ya rechazaba toda visión rígidamente evolutiva y toda referencia a etapas sucesivas necesarias del progreso económico como explicaciones históricas pertinentes, lo que lo alejaba del paradigma mercantil clásico. Más tarde, cuando sus intereses se concentraron en los problemas de la historia agraria, siguió dedicando algunos interesantes trabajos a las cuestiones comerciales, pero enfatizando ahora, como es lógico, su dependencia respecto del movimiento demográfico y productivo de la sociedad. Dicho en otras palabras, su objetivo nunca fue minimizar el volumen del comercio ni negar el desarrollo de instituciones mercantiles adecuadas a la acumulación de capital dinerario, sino demostrar el carácter derivado de tales fenómenos frente a quienes los postulaban como fuerzas primarias del devenir histórico.

Como señalamos más arriba, la historiografía de inspiración marxista constituye la otra gran interpretación crítica del modelo circulacionista. En 1946 (es decir, simultáneamente a las elaboraciones recién comentadas de Postan) aparece *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, de Maurice Dobb, obra que tendría un importantísimo impacto en las discusiones sobre el feudalismo y la transición al capitalismo (Dobb, 1991).⁶ Aunque el libro, como su nombre lo indica, estaba centrado en la historia del modo de producción capitalista, el autor comienza su estudio con el análisis de la

6 La traducción castellana, correspondiente a la segunda edición inglesa, incluye un apéndice originalmente de 1962 sobre "La transición del feudalismo al capitalismo" (1991: 465-79). Sobre la obra de Dobb y su importancia historiográfica, *vid.* Kaye (1989).

declinación del feudalismo y el surgimiento de la burguesía en la Baja Edad Media. Su objetivo fundamental era cuestionar la importancia atribuida al comercio en los orígenes del capitalismo y destacar, por el contrario, las transformaciones ocurridas en las relaciones de producción en sentido estricto. Contra las tesis de Pirenne, Dobb afirma que el rasgo fundamental del feudalismo no es la ausencia de intercambios mercantiles sino la extracción extra económica del excedente, es decir, la relación de servidumbre. Como tal, este sistema no es necesariamente ajeno al desarrollo de mercados y hasta puede establecer una relación simbiótica con ellos, como lo muestra el caso de la llamada “segunda servidumbre” en Europa Oriental a partir del siglo XVI, donde el desarrollo del comercio de cereales en el Báltico estimuló la aparición de formas extremas de sometimiento del campesinado servil.

La burguesía mercantil medieval, por lo tanto, no resulta una clase antagónica al sistema feudal. Al contrario, su reproducción depende de su capacidad para apropiarse por medio del comercio de parte del excedente producido por el campesino o el artesano; dicho de otro modo, depende de la reproducción global del sistema feudal y de la clase nobiliaria que es la principal compradora de los artículos suntuarios provistos por el comercio de larga distancia. El capital mercantil, concluye Dobb, es un parásito del sistema feudal y, como tal, “fue conservador y no revolucionario” (1991: 116).

En consecuencia, la declinación del feudalismo no puede atribuirse al desarrollo del comercio, sino que debe buscarse en las contradicciones internas a ese modo de producción. Dobb considera, en este plano, que el feudalismo es un sistema de producción estático e ineficiente, por lo que el incremento de las necesidades señoriales “promovió un incremento en la presión sobre el productor hasta un

punto en que ella se hizo literalmente insoportable” (1991: 61). La contradicción entre una producción estacionaria y una apropiación improductiva creciente por parte de la clase dominante habría sido entonces la causa profunda de la crisis feudal del siglo XIV y de la desestructuración consiguiente de todo el sistema de dominación social.

Los orígenes de la burguesía moderna, según Dobb (1987: 234-5), se encuentran en el proceso de diferenciación social campesina que se desarrolla a partir de esa crisis generalizada del sistema. Esa coyuntura, acompañada por un ciclo de rebeliones de masas, debilita a la clase dominante y provoca un relajamiento de la relación de explotación. Esto permitirá que un sector de los productores aldeanos comience a desarrollar procesos de acumulación que para el siglo XVI provocarán la fractura del campesinado entre compradores y vendedores de fuerza de trabajo.

De este modo, el autor buscaba desplazar la importancia que se había atribuido al comercio en la declinación del feudalismo y en los orígenes de la clase capitalista moderna. La influencia del paradigma circulacionista incluso entre los autores marxistas quedó en evidencia a partir de las críticas que realizó Paul Sweezy al planteo de Dobb, que dieron lugar a un largo debate sobre la transición del feudalismo al capitalismo durante el tercer cuarto del siglo XX (Hilton, 1987). Sweezy defendió una versión apenas modificada del enfoque de Pirenne, donde el comercio y las ciudades funcionaban como fuerzas exógenas que erosionaban un feudalismo estancado.⁷ Si bien su posición quedó en manifiesta minoría entre los historiadores marxistas que participaron del debate, no es menos cierto que la relación entre feudalismo y mercado no fue adecuadamente conceptualizada.

7 Sweezy se basaba explícitamente en Pirenne, cuya tesis consideraba “muy convincente” (1987: 56).

Tal vez ésta fuera la mayor debilidad de la renovadora perspectiva de Dobb: el comercio y las ciudades fueron desplazados como explicación del cambio histórico, pero no fueron integrados como elementos constitutivos del modo feudal de producción. Giuliano Procacci señaló agudamente esta debilidad: “si el problema de la relación entre ciudad y campo, así como la forma histórica de la relación entre producción y comercio, no se resuelve de forma orgánica, se hace muy difícil refutar la teoría de Pirenne” (1987: 185). Salvo excepciones —por ejemplo, Astarita (1992)—, esta es una deuda que la historiografía marxista arrastra hasta la actualidad. Más allá de ello, la obra de Dobb constituye un hito destacado en la crítica al enfoque circulacionista desde una perspectiva distinta a la que simultáneamente estaba desarrollando el maltusianismo.

Tres décadas después de la publicación original del libro de Dobb, la crítica marxista se vio renovada por otro aporte fundamental: el artículo del sociólogo norteamericano Robert Brenner (1988) sobre la estructura agraria y la transición al capitalismo en la Europa occidental, que también diera lugar a un amplio debate entre los historiadores. Brenner, sin embargo, a diferencia de Dobb, escribía en un contexto historiográfico dominado ya no por el circulacionismo sino por el paradigma maltusiano, por lo que el eje de su crítica era este último y sólo mencionaba tangencialmente al primero, perspectivas a las que oponía una explicación histórica centrada en los resultados de la lucha de clases como variable fundamental. Si lo mencionamos en este contexto es porque su análisis contribuyó a consolidar tanto el desplazamiento de la circulación entre los factores explicativos como la imagen de un sistema feudal ineficiente y estancado, de una forma incluso más acentuada que en el estudio de Dobb. En efecto, más allá de la indudable originalidad de su planteo en otros aspectos, Brenner

sostuvo una versión radicalizada del carácter estático del feudalismo al desconocer por completo la importancia de los procesos de acumulación por medios mercantiles y de diferenciación social campesina que Dobb había destacado al menos en la Baja Edad Media. Su crítica al enfoque maltusiano no negaba los límites que había planteado para una economía agraria preindustrial, pero adjudicaba esas restricciones a la estructura de clases existente antes que a la relación entre población y recursos. El surgimiento del capitalismo en Inglaterra, en su opinión, sólo podía comprenderse como un resultado excepcional de la lucha de clases en ese país, que habría dado lugar a una estructura social capaz de superar la dinámica recurrente de estancamiento y crisis demográfica propia del feudalismo (Brenner, 1989).

La situación historiográfica hacia el último cuarto del siglo XX, por lo tanto, parecía en condiciones de encaminarse hacia un abandono definitivo del modelo comercial bajo la influencia de las interpretaciones maltusianas y marxistas. Los representantes más destacados de estas corrientes, más allá de sus obvias diferencias, coincidían en relegar la importancia de la circulación mercantil medieval y se inclinaban por una visión del feudalismo que subrayaba las restricciones estructurales al crecimiento económico, aunque diferían en la explicación del origen de las mismas. La influencia del economista ruso Alexander Chayanov (1974), cuya teoría de la economía campesina se empezó a divulgar en la década de 1960 entre los medievalistas, apuntaba en una dirección similar, en tanto permitía interpretar la evidencia sobre intercambios campesinos de tierras o bienes de consumo como una función dependiente de las necesidades de la reproducción simple de las unidades domésticas.⁸

8 Sobre la influencia de Chayanov en el medievalismo, *cfr.* por ejemplo Kula (1974) y Aymard (1983).

La descripción anterior es, sin duda, muy esquemática y unilateral; la evolución historiográfica fue en realidad mucho menos abrupta que lo que este escueto resumen induce a pensar. Sin embargo, los esquemas interpretativos más coherentes sobre el período (que aquí hemos expuesto a través de sus representantes más emblemáticos) compartían la perspectiva pesimista general esbozada más arriba respecto de una dinámica feudal que admitía un crecimiento extensivo pero no podía superar la caída de la productividad agraria por la falta de inversión productiva y la limitada especialización por la carencia de estímulos adecuados.

La observación de Procacci citada más arriba, respecto de la necesidad de definir adecuadamente la relación entre producción y circulación mercantil, cobra aquí toda su relevancia. El modelo circulacionista veía al feudalismo como una economía natural, autosuficiente e inmutable, modificada desde afuera por un comercio de larga distancia que se identificaba con el capitalismo. Las explicaciones alternativas que hemos analizado cuestionaron exitosamente la importancia atribuida al factor mercado como fuerza exógena transformadora, pero no modificaron en lo esencial la percepción del feudalismo como un sistema de producción ineficiente, incapaz de garantizar el crecimiento económico en el mediano plazo. La circulación mercantil quedaba integrada en el sistema sólo para convertirse en variable menor dependiente de los ciclos demográficos (Postan), del disfrute nobiliario de la renta (Dobb) o de una estructura de clases que asfixiaba el desarrollo económico (Brenner).

Este panorama historiográfico comenzó a modificarse en las últimas dos décadas del siglo XX, a partir de la progresiva consolidación de dos nuevos enfoques: la tesis de la comercialización y el neoinstitucionalismo, que analizaremos a continuación.

El nuevo circulacionismo

Como acabamos de mencionar, los cuestionamientos al modelo comercial desarrollados por la historiografía de la segunda mitad del siglo XX no provocaron un abandono absoluto de la problemática mercantil. Por regla general, la evolución de la disciplina se presenta más como el predominio relativo de ciertos enfoques y problemas que como cortes abruptos y taxativos; más como un movimiento ondulado que como segmentos discontinuos entre sí (Astarita, 1997). El desarrollo urbano y comercial de la Edad Media fue lo suficientemente significativo como para ocupar un lugar permanente entre las preocupaciones de los medievalistas. El incremento del transporte marítimo y terrestre de mercancías, el sistema de ferias y mercados, el desarrollo de la banca, las letras de cambio, la contabilidad y la legislación mercantil no eran fenómenos que pudieran pasar inadvertidos. Incluso los poderes feudales reconocían esta situación al basarse cada vez más en sistemas tributarios que gravaban la circulación. En la década de 1940, por ejemplo, Raymond de Roover (1942), uno de los historiadores más destacados del comercio y las finanzas medievales, llegó a plantear la existencia de una “revolución comercial” en el siglo XIII para indicar un cambio drástico en las formas de organización de los negocios que habría dado origen al capitalismo mercantil, sistema sólo superado cinco siglos más tarde con el advenimiento del capitalismo industrial.

En 1976, el mismo año en que se publica el artículo de Brenner comentado más arriba, aparece el libro de Robert Lopez *The Commercial Revolution of the Middle Ages*, donde se retoma y generaliza a todo el período medieval el término acuñado por de Roover (Lopez, 1976). Este ensayo, visto en retrospectiva, funciona a la vez como un compendio de la historiografía previa que se había mantenido fiel al estudio

del comercio a pesar de su desplazamiento por los paradigmas dominantes, por un lado, y como un punto de partida de la perspectiva exitista respecto de los mercados que se desarrollará en las décadas siguientes, por otro. Para López, el desarrollo de los intercambios en la Edad Media inaugura un milenio de crecimiento virtualmente ininterrumpido, el verdadero *take-off* de la economía europea (1976: vii-viii). El planteo consolidaba la perspectiva circulacionista tradicional en lo que hace, por un lado, al énfasis puesto en las ciudades como estructuras no feudales especialmente aptas para el despliegue de las nuevas prácticas económicas y, por otro, a la consideración de la clase de los mercaderes como los principales promotores del dinamismo y el cambio.

Pero fue a partir de la década de 1980 que comenzó a gestarse un cambio historiográfico fundamental en la temática que nos ocupa. Es evidente que la mera reproducción de los viejos argumentos circulacionistas no podía aspirar a renovar el panorama de la disciplina. Por el contrario, el nuevo enfoque, que más tarde daría en llamarse “tesis de la comercialización” o “revisionismo neosmithiano”, partía de presupuestos parcialmente distintos. En lugar de concentrarse en las ciudades comerciales y en la clase de los grandes mercaderes, como había hecho la concepción tradicional, puso el eje en el pequeño comercio, en las redes de los mercados locales y en las transacciones que involucraban a la mayoría de la población, urbana pero también aldeana o rural. Lo que Pirenne había visto como un fenómeno subsidiario, orientado a la subsistencia inmediata y que por lo tanto no modificaba el carácter del feudalismo como economía natural, pasó a ser valorado por esta nueva perspectiva como el verdadero fundamento del desarrollo comercial y económico en general. De este modo, se conformó un circulacionismo de nuevo cuño que parecía inmune a las críticas realizadas a las visiones tradicionales

sobre el comercio medieval y a la vez efectivo a la hora de refutar la concepción estancacionista que estaba en la base de los planteos maltusianos y marxistas.

Por ello sólo retrospectivamente se pudo comprender la vinculación entre el nuevo enfoque y los planteos de Pirenne. En realidad, la inspiración inicial de la tesis de la comercialización provino de la historia social de corte más clásico. Las investigaciones de Rodney Hilton, el medievalista marxista británico por excelencia, fueron en este aspecto fundamentales. Especialmente en dos artículos publicados en la revista *Past and Present* a mediados de los ochenta (1984 y 1985), llamó la atención sobre la importancia de los pequeños mercados locales donde se realizaban las transacciones cotidianas de los productores. En su opinión, esto brindaba una imagen mucho más realista del nivel alcanzado por la comercialización, considerada como un indicio del desarrollo económico de la Inglaterra medieval. Por contraste con la atención exclusiva en los grandes centros urbanos, parámetro según el cual el feudalismo inglés aparecía como atrasado y periférico, Hilton destacaba el predominio de la producción simple de mercancías y el intercambio entre los pequeños productores como el fundamento de la economía medieval.

El planteo de Hilton no surgía en el vacío. Si bien su intención era analizar las formas de reproducción económica de los sectores que conformaban la base de la pirámide social, sus trabajos fueron leídos en un contexto historiográfico donde ya se imponía un énfasis unilateral en la circulación a nivel local y en la presunta generalización de los intercambios mercantiles campesinos. Citemos unos pocos ejemplos. En un trabajo de síntesis que alcanzó gran difusión, Miller y Hatcher (1978) incorporaron un capítulo sobre los mercados en el contexto de un análisis de la economía rural previa a la crisis del siglo XIV. La

perspectiva adoptada enfatiza el rol de los intercambios como creadores y difusores de nuevas oportunidades y el efecto revolucionario que generaron en todos los niveles de actividad. En especial, se subraya que la expansión del comercio generó una red de mercados y ferias que contribuyó de manera fundamental a la integración de la economía inglesa. En el mismo sentido, Britnell (1978 y 1981) realizó una prolija investigación empírica sobre la cronología y los factores que influyeron en la proliferación de los mercados en ese período. Bridbury, por su parte, planteó el problema de los obstáculos que entorpecían el funcionamiento de lo que según el autor debemos considerar como “un sistema de libre mercado” (1986: 109). Dos artículos de Biddick (1985 y 1987) reforzaron de manera definitiva los parámetros de la interpretación dominante. Apelando a los estudios de antropólogos y geógrafos que habían analizado los sistemas regionales de mercados en economías campesinas contemporáneas, Biddick aplicó la llamada teoría del *central-place* al estudio de la estratificación del campesinado medieval.⁹ Intentó así demostrar que las variaciones en la composición de la riqueza entre poblados y su estratificación interna estaban determinadas por la geografía de las redes de mercados (aun cuando la evidencia disponible sólo fundamenta una relación de correspondencia). De este modo, las nociones de oportunidad, competencia e integración mercantil quedaron definitivamente asentadas como pilares de la interpretación, y el mercado se consolidó en el rango de factor explicativo real que la concepción liberal le asignaba en la teoría.

9 El enfoque del *central-place* adquirió importancia a partir de Skinner (1964-1965) y Smith (1974 y 1975). También lo utiliza Dyer (1996) para el estudio de la estructura de los mercados en la Baja Edad Media.

Ya en la década de 1990, Maryanne Kowaleski, en un detallado estudio de la red de mercados locales que se estructura en torno a Exeter, postuló que la regulación política de los intercambios (un tema omnipresente en la documentación pero difícil de asimilar para los partidarios de un mercado autogenerado) tenía el sentido de reducir los costos de las operaciones, es decir, que estaba orientada a solucionar un problema técnico de eficiencia antes que el problema social del modo de funcionamiento de los mercados en el marco de una estructura feudal (1995: 179-ss.). La nueva concepción circulatoria fue llevada al extremo por Masschaele (1997: 6) en un trabajo íntegramente destinado a demostrar la solidez de la unificación económica alcanzada por el desarrollo del mercado en la Edad Media. La teoría del *central-place* sirve aquí para postular la existencia de una “rudimentaria economía nacional” en la Inglaterra del siglo XIII.¹⁰

El libro de Britnell *The Commercialization of English Society* (1996a) tuvo un papel fundamental en el fortalecimiento de este panorama historiográfico.¹¹ La solidez del conocimiento del autor sobre la materia y la amplitud del horizonte temporal que abarca justifican esa apreciación. Britnell se muestra fiel a la tendencia que ya era dominante: la determinación de los precios por las fuerzas del mercado, la competencia como forma de nivelación de la ganancia, y en especial la regulación política como factor exógeno, errático y guiado por intenciones inciertas, que distorsiona las condiciones del mercado e inhibe la iniciativa de los actores, constituyen el núcleo subyacente de su interpretación.¹²

10 Vid. también Masschaele (1992 y 1993).

11 Su influencia queda reflejada en dos trabajos de gran difusión: Miller Hatcher (1995), tardía continuación del libro de los mismos autores mencionado más arriba, y la compilación de Britnell y Campbell (1995).

12 Por ejemplo, Britnell (1996a: 94, 97, 126, 174 y 218), entre otras. Por el contrario, el autor fue

La concepción conduce lógicamente a formular un juicio existista: en la Baja Edad Media la economía de mercado era “más robusta” que las fuerzas políticas que la interferían (1996a: 232). La historia del mercado es la historia de su propio triunfo. En este marco, matizaciones tales como que los campesinos del siglo XIII eran “menos receptivos” al movimiento de los precios que los *farmers* actuales, o que los precios no respondían linealmente a los cambios en la demanda en el corto plazo (1996a: 117-8), tienen en realidad el efecto de reforzar la perspectiva individualista y subjetivista que guía toda la investigación: el desarrollo del mercado y su creciente perfeccionamiento se dirimen a nivel del comportamiento individual. Incluso aquellos autores que, como Bailey (1998a), enfatizaron los aspectos perjudiciales de la dependencia del productor con respecto al mercado, lo hicieron desde el punto de vista unilateral de las estrategias comerciales del campesino, y atribuyeron los efectos negativos al carácter poco desarrollado de los mercados. Lo cual no es más que decir, en otras palabras, que los efectos positivos son mérito de la existencia del mercado y los negativos de su no existencia; entre las oportunidades y los riesgos que el campesino debe evaluar antes de ofrecer sus productos en la plaza, el mercado como tal sólo da cuenta de las primeras.¹³

El desarrollo historiográfico de la tesis de la comercialización, que hoy constituye casi el sentido común de los investigadores del período, ha tenido una enorme importancia en la transformación de nuestra concepción sobre la sociedad medieval. Dyer, cuyos estudios sobre el consumo

mucho más cauto en cuanto a la injerencia del poder político en la formación de los precios en Britnell (1996b).

13 Kitsikopoulos (2000) sostiene también la perspectiva “pesimista” en lo que respecta a la situación del campesino.

y al demanda (1991) han contribuido significativamente a ello, postuló el surgimiento de una “nueva visión de la Edad Media” que rompía definitivamente con los paradigmas pesimistas de la historiografía previa (2005). Ahora bien, ¿cuáles son los fundamentos conceptuales de este nuevo enfoque? La comercialización como modelo de interpretación alternativo no es fácil de exponer, ya que se trata normalmente de una perspectiva más bien basada en la evidencia empírica pero poco rigurosa y explícita en sus formulaciones interpretativas. De todos modos, es evidente que su inspiración fundamental proviene de Adam Smith (2002). La idea básica es que el comercio estimula el desarrollo económico al generar incentivos para profundizar la división del trabajo, lo que permite incrementar la productividad. A su vez, la especialización productiva promueve una ulterior ampliación del mercado. Por último, mercados más grandes son a la vez más eficientes, promoviendo una reducción en los costos de la circulación de bienes que acompaña a la reducción de los costos de producción de los mismos. Este círculo virtuoso centrado en el incremento de la demanda y en la respuesta adecuada de los actores a los incentivos generados por el movimiento de los precios, constituye el fundamento del crecimiento económico medieval para los defensores de la tesis de la comercialización.

Los límites impuestos por el incremento demográfico y por los rendimientos decrecientes de la tierra, que habían sido considerados como obstáculos infranqueables, podían ahora ser relegados a un papel marginal o incluso reinterpretados en un sentido optimista. Más población supondría más demanda, y por lo tanto más especialización. Los estímulos consiguientes a la innovación tecnológica permitirían neutralizar los efectos de la menguante fertilidad de la tierra. Este último efecto también se obtendría por el

crecimiento de empleos alternativos fuera del sector primario, no sometidos a rendimientos decrecientes. Como puede verse, el modelo favorece un optimismo ilimitado basado en el resurgimiento historiográfico del factor mercantil como clave fundamental de la economía feudal. Al igual que había ocurrido en el caso del modelo de Pirenne, la simplicidad lógica del nuevo planteo ha contribuido en gran medida a su aceptación generalizada; a esto podría sumarse la naturalidad con que la ideología del mercado es asumida en las últimas décadas, y no sólo ni principalmente en el mundo académico.

En rigor de verdad, sin embargo, la evidencia histórica es mucho menos concluyente de lo que parece a primera vista. Ante todo, hay que descartar cualquier intento de cuantificar de modo más o menos verosímil el avance de la mercantilización, dada la ausencia de documentación fiable que permita hacerlo prescindiendo de la postulación de supuestos indemostrables y altamente discutibles. En este sentido, parece claro que muchos investigadores han exagerado más allá de toda presunción razonable el nivel alcanzado por la comercialización de los productos de consumo cotidiano, inducidos tal vez por la invisibilidad documental que caracteriza a los fenómenos del autoconsumo doméstico y a las relaciones de intercambio no mercantiles entre vecinos y allegados. Del mismo modo, se ha exagerado el grado de integración de los distintos mercados locales, aun careciendo de series que permitan mostrar un movimiento coordinado de los precios entre ellos (Bailey, 1998b; Genicot, 1993: 68).

De cualquier modo, no puede negarse que la comercialización progresó en el período, e incluso que progresó significativamente, aunque no podamos medirla con exactitud. Pero hay que subrayar que la tesis neosmithiana no queda por ello en absoluto validada. No se trata simplemente de

constatar que los mercados crecieron sino de demostrar que su crecimiento fue la causa del crecimiento económico y demográfico medieval. Esta prioridad explicativa, que postula al comercio como la fuerza dinámica fundamental del período, depende en realidad mucho más de la aceptación selectiva de ciertas teorías económicas que de la evidencia empírica disponible. En este aspecto se puede señalar que ni siquiera Adam Smith tenía una idea tan ingenuamente optimista del comercio. Si bien el economista escocés pasó a la historia como el apologista de la “mano invisible”, sus reflexiones históricas (que ocupan un lugar mayoritario en *La riqueza de las naciones*) son mucho más matizadas. Smith creía, por ejemplo, que las restricciones feudales al acceso a la tierra había provocado una hipertrofia del comercio que tuvo un efecto retardatario sobre el crecimiento económico general (2002: 372). Del mismo modo, consideraba siempre sospechosa la actividad de los comerciantes, más interesados en restringir la oferta y aumentar los precios en su propio beneficio y en detrimento del conjunto de la comunidad, que en favorecer el libre desarrollo de la circulación (2002: 124 y 437, entre muchos otros pasajes). Esta observación, de paso, indica que de hecho la relación entre interés individual e interés general es bastante menos lineal y espontánea que lo que podría creerse por otros pasajes de su obra. Es llamativo que no sólo los economistas, sino también los historiadores, hayan realizado una lectura tan selectiva del padre de la economía política, priorizando sus planteos más abstractos (y discutibles) y relegando sus valiosas intuiciones históricas.

Producto de esta visión exitista, entonces, el enfoque de la comercialización atribuye la participación de los productores en el mercado a la supuesta eficiencia económica de este último y considera, por lo tanto, que una creciente mercantilización es sinónimo de una creciente eficiencia

del sistema. Formalmente, puede objetarse aquí un vicio de circularidad: la comercialización aparece simultáneamente como efecto de la eficiencia y como demostración de esa misma causa de la cual sería el efecto. Dicho de otro modo, los productores concurrirían al mercado porque es más eficiente y, como concurren al mercado, se demostraría que este es más eficiente. Pero además esto supone atribuir el aumento de la comercialización a la decisión puramente voluntaria y económicamente racional de los individuos, que intentan aprovechar las presuntas oportunidades que brinda el comercio en cuanto a la reducción de costos y el aumento del beneficio por vía de la especialización productiva. Esta perspectiva individualista y voluntaria deja de lado los fenómenos de participación compulsiva (el más obvio de los cuales es la necesidad de vender para pagar el tributo) y los riesgos de la dependencia mercantil que han sido profusamente estudiados por los historiadores. Incluso la especialización puede tener un aspecto menos benigno que el postulado por la visión neosmithiana: en el ámbito castellano, por ejemplo, los sectores más pauperizados del campesinado se especializan en el cultivo de las viñas porque carecen de las extensiones de tierra necesarias para dedicarse a la producción de cereal.

Estas debilidades explicativas que caracterizan a la tesis de la comercialización quedan especialmente en evidencia en su incapacidad para explicar la crisis del siglo XIV. La perspectiva neosmithiana simplemente no tiene forma de explicar el porqué de la repentina interrupción de un círculo virtuoso de crecimiento cuyas potencialidades se consideraban virtualmente ilimitadas. Un enfoque unilateralmente optimista, que ve el desarrollo económico feudal como un camino ascendente, despejado y sin contradicción alguna, no puede sino verse obligado a recurrir al viejo pesimismo maltusiano para explicar la crisis del sistema.

Después de todo, los rendimientos crecientes del comercio habrían sido menores a los rendimientos decrecientes del agro. Esta recaída en el eclecticismo conceptual desnuda la fragilidad de un enfoque que, por lo demás, en el último cuarto de siglo ha estimulado fuertemente las investigaciones en aspectos y problemas de la economía medieval hasta entonces relegados.

El neoinstitucionalismo

De modo paralelo a la tesis de la comercialización, en la historiografía económica medieval se ha desarrollado otro enfoque conocido como *neoinstitucionalismo*. Esta perspectiva también propone un resurgimiento optimista del factor mercantil, pero fundamenta el fenómeno en variables institucionales. El impulso fundamental de esta corriente vino desde afuera de la disciplina; en rigor, se trata de una adaptación a la historia de los postulados de la llamada Nueva Economía Institucional (NIE, por sus siglas en inglés), corriente cuyo máximo exponente es el economista Douglass North. Aunque el neoinstitucionalismo ha alcanzado un desarrollo historiográfico menor que la tesis de la comercialización (seguramente en parte por su mayor rigidez teórica), se trata de un enfoque que aún parece en proceso de expandirse y que en ocasiones asoma entrelazado con el planteo smithiano.

De hecho, el propio Adam Smith había señalado la importancia de las instituciones en la evolución histórica. Si el impulso individual a mejorar la propia condición constituye una fuerza constante que opera en el sentido de estimular el progreso, corresponde a las instituciones garantizar, o al menos no entorpecer, la libertad y la seguridad necesarias para que ese impulso se realice. En este sentido, Smith

considera que el éxito de Inglaterra y el fracaso de España y Portugal se explicaban por el carácter, liberal en un caso y arbitrario en los otros, de sus gobiernos (2002: 481-483). Este razonamiento, sin embargo, implícitamente anulaba la prioridad que pretendía otorgarse al interés privado y la iniciativa individual, poniendo en su lugar el proceso histórico de conformación de las instituciones sociales como factor fundamental del desempeño económico.

La NIE decidió abordar este reto de modo audaz. En efecto, reconoció, el proceso económico está determinado por las instituciones sociales, pero afirmó a la vez que las propias instituciones se explican por el comportamiento económico racional de los individuos. Por lo tanto, la teoría neoclásica del *homo economicus*, que los economistas habían elaborado para explicar el comportamiento del individuo en el mercado, permitiría también dar cuenta del cambio institucional en la historia. Douglass North (1993: 16) postula la necesidad de “edificar una teoría de las instituciones sobre el fundamento de elecciones individuales” y agrega de modo simplista y categórico: “las instituciones son una creación humana. Evolucionan y son alteradas por humanos; por consiguiente, nuestra teoría debe empezar con el individuo”, lo que, dicho sea de paso, constituye una afirmación sorprendentemente ingenua de la perspectiva antisocial.

Pero la novedad del planteo no radicaba sólo en aplicar la teoría marginalista a las instituciones, sino también en reconocer que hay contextos históricos en que el mercado no resulta la institución más eficiente. Esto, que para los historiadores puede resultar una banalidad pero que significa un enorme esfuerzo intelectual para el economista neoclásico, permitió al neoinstitucionalismo establecer un puente hacia la problemática de las ciencias sociales en general y de la historia en particular. De este modo, el enfoque de la NIE se

lanzó a la colonización de disciplinas que por regla general habían sido refractarias al individualismo metodológico de la economía marginalista (Fine, 1997).

El eje conceptual de esta perspectiva es la noción de “costos de transacción”, entendidos como los costos de utilización del mecanismo de los precios, que incluyen el costo de la información, el costo de la negociación de los contratos y el costo de garantizar el cumplimiento de los mismos (North y Thomas, 1991: 150). El neoinstitucionalismo comparte con la visión smithiana la convicción de que el mercado y los incentivos que éste genera constituyen la fuerza principal del desarrollo económico. Sin embargo, los institucionalistas postulan que la realización de esta aspiración mercantil de los sujetos depende del nivel de los costos de transacción. La función de las instituciones, en este sentido, es asegurar el nivel más bajo posible de costos de transacción, de modo tal de garantizar el despliegue de la iniciativa privada. Es decir, las instituciones son eficientes cuando posibilitan la circulación de la información a bajo costo, cuando brindan un marco para la negociación eficiente de los contratos y cuando garantizan el cumplimiento de estos por medio de sanciones efectivas a los transgresores. Ahora bien, puesto que en esta perspectiva las instituciones también son contratos, los costos de transacción de cada posible configuración institucional permitirían a los agentes elegir la más eficiente en un momento histórico dado.

Veamos brevemente el ejemplo de la institución señorial. El relato de North y Thomas (1991) comienza en el siglo X, en un contexto de anarquía, inseguridad y ausencia de mercados. En esta situación, el problema fundamental a resolver es el de la provisión de “bienes públicos”, es decir, protección y justicia. Dada la existencia de un sector minoritario de la población especializado en el manejo de

las armas, la servidumbre feudal aparece como un contrato donde el tributo es el precio que paga el productor a cambio de la provisión de dichos bienes. La obligatoriedad del pago de la renta se justifica por una “falla de mercado”: como los bienes públicos benefician a toda la comunidad (en tanto no se puede proteger a un campesino sin proteger a su vecino), siempre existe la tentación para algunos sujetos de beneficiarse de dichos bienes sin pagar su costo, lo que en la teoría de los juegos se conoce como el problema del *free rider*. La imposición obligatoria del pago, entonces, no afectaría la definición de la servidumbre como un contrato libre y mutuamente benéfico.

Por otro lado, la provisión de bienes públicos tiene un costo marginal decreciente: es relativamente más barato proteger a cien campesinos que a noventa, a ciento diez que a cien, etcétera. Los señores se dedican entonces a expandir sus dominios para aprovechar estas economías de escala. La consiguiente competencia interseñorial por la mano de obra da lugar al surgimiento de un mercado de trabajo que coexiste, sin embargo, con la ausencia de un mercado de productos. Estas condiciones explican que el contrato servil adquiriera originariamente la forma de prestaciones en trabajo, puesto que cualquier otra forma alternativa (el salario o la renta en producto) hubiera implicado elevadísimos costos de transacción relacionados con la negociación del contrato. En ausencia de un mercado de bienes que brindara información sobre los precios, y dado el carácter variable del producto agrario, esas otras alternativas habrían implicado la necesidad de una renegociación permanente de la cantidad y calidad de la canasta de bienes que conformarían el salario o la renta. La institución de la servidumbre con prestaciones personales de trabajo, por lo tanto, es en estas circunstancias la forma más eficiente, es decir la más racional, del libre contrato.

La relativa estabilidad social que se alcanza a partir de la implementación de este sistema da lugar a un proceso de crecimiento demográfico a partir del siglo XI. El aumento de la población funciona como la causa inmediata de la expansión de la economía de mercado. Aquí se vuelve sin disimulo a la ortodoxia liberal más clásica. En palabras de North y Thomas: “la base del comercio estuvo en una población en aumento; la consiguiente expansión de una economía de mercado hizo que la economía medieval reaccionara en la forma en que lo hubiera predicho Adam Smith” (1991: 44). Es así cómo en el período expansivo se despliegan todas las potencialidades benéficas del mercado: desaparecen las prestaciones personales, por el abaratamiento de los costos de transacción de los contratos en productos o en dinero; se desarrollan innovaciones tecnológicas destinadas a aprovechar las oportunidades que brinda una demanda en crecimiento; y se incentivan los acuerdos institucionales tendientes a consolidar los derechos de la propiedad privada, la garantía más firme del desarrollo económico. Como el costo de la información que brindan los precios está sometido a economías de escala (es decir que no aumenta proporcionalmente a la cantidad de agentes que usa el sistema de precios), el crecimiento del mercado torna cada vez más eficiente la asignación de los recursos, en tanto reduce los costos de transacción de las operaciones.

La novedad de este planteo radica en brindar una explicación sobre las condiciones de surgimiento del mercado, e incluso de las instituciones no mercantiles, desde un modelo teórico unitario. Sus problemas son, sin embargo, numerosos y de envergadura.¹⁴ Empecemos por el concepto

14 Dos excelentes análisis críticos del planteo neoinstitucionalista, que utilizamos para lo que sigue, se pueden encontrar en Ankarloo (2002) y Milonakis y Fine (2007).

de costos de transacción, la clave de bóveda del edificio institucionalista y la noción que más se ha extendido entre los historiadores. Como hemos dicho, los costos de transacción se definen como los costos por utilizar el mecanismo de los precios. Este concepto parece en principio más realistas que la suposición neoclásica tradicional según la cual los precios brindan información perfecta y gratuita para todos los sujetos, por lo que las transacciones no tendrían costo alguno. Sin embargo, el planteo neoinstitucionalista conduce a una regresión lógica infinita. Si hay un precio por utilizar el mecanismo de los precios, entonces debe haber un precio por utilizar el precio que permite utilizar el mecanismo de los precios, y así sucesivamente. En otros términos, todo costo de transacción, en tanto es un precio, debería a su vez tener costos de transacción; de lo contrario, no se estaría abandonando el principio de la información perfecta y gratuita, sino que sólo se lo estaría retrotrayendo de los precios a sus costos.

Una alternativa a este dilema sería postular que los costos de transacción no son precios, sino costos a secas, subyacentes o implícitos al intercambio, pero que no aparecen ni se miden como precios. Pero entonces todo el principio de la elección racional quedaría invalidado, porque si los costos de las distintas configuraciones institucionales no aparecen como precios para que los individuos puedan optar entre ellas, nunca podrán elegir la más eficiente. La optimización de los costos perdería sentido para explicar el surgimiento de las instituciones, desde el momento en que esos costos no se pueden conocer y comparar.

Esto nos conduce a un segundo problema del razonamiento, relativo al cambio institucional. Según el planteo institucionalista, los costos de transacción serían la causa del surgimiento de las nuevas instituciones, incluida la institución del mercado. Pero al mismo tiempo se postula que los

costos de transacción están determinados por las instituciones, por lo cual no podrían operar al mismo tiempo como la causa que explica su origen. Esto se puede entrever en el relato histórico de North y Thomas, donde los costos de transacción explicarían la modalidad de la servidumbre con prestaciones personales de trabajo frente a la renta en productos o en dinero, pero no explican la existencia de la servidumbre como tal (un supuesto libre contrato entre señor y siervo frente a la anarquía altomedieval, aparentemente sin costos de transacción).¹⁵ Y también en su relato sobre la expansión de la economía de mercado, que se atribuye al aumento de la población como “variable exógena” que habría favorecido la especialización y el comercio.¹⁶ No es en absoluto clara, por lo tanto, la función que cumplirían los costos de transacción como explicación del cambio institucional.

Un partidario de esta perspectiva podría objetar que, en efecto, los costos de las distintas configuraciones institucionales alternativas no son conocidos por los sujetos, pero que de hecho las instituciones que prosperan y se imponen son las que garantizan los costos de transacción más bajos. Por lo tanto, es “como si” los individuos eligieran la institución más eficiente. La argumentación del “como si” es una manía recurrente de la economía subjetivista, que suele defender sus supuestos más indemostrables sosteniendo que no son reales, pero que es “como si” lo fueran. Pero aun dejando de lado esta asombrosa pretensión de que aceptemos explicaciones que se reconocen como falsas, el razonamiento

15 Incluso desde una perspectiva teórica similar, Stefano Fenoaltea (1975a y 1975b) demostró lo inverosímil de esta construcción.

16 “Sugerimos que el crecimiento demográfico constituyó la variable exógena a la que se debieron básicamente el crecimiento y el desarrollo de Europa occidental durante la Alta Edad Media... el desarrollo y la expansión de una economía de mercado durante la Edad Media constituyeron una respuesta directa a la oportunidad de obtener ventajas gracias a la especialización y el comercio, posibilitados por el crecimiento demográfico” (North y Thomas, 1991: 43-4).

mismo se basa en una tautología: se postula que una institución existe porque es la más eficiente en cierto contexto, y se demuestra que es la más eficiente en ese contexto porque en efecto existe (Ogilvie, 2007). Además, la eficiencia aparece aquí como un principio abstracto universal, desconociendo el hecho básico de que ciertas instituciones —por ejemplo, la servidumbre— pueden ser “eficientes” para ciertos grupos sociales —por ejemplo, para la aristocracia— pero no para otros (Bhaduri, 1998).

En definitiva, el planteo de North y Thomas no es más que un modelo abstracto, pretendidamente elegante pero carente por completo de validación empírica. Por ello, los historiadores en general no adhirieron a esta teoría en su formulación más dura. Sin embargo, muchos incorporaron con entusiasmo sus conceptos claves como forma de dar solidez a los aspectos más ingenuos de la perspectiva de la comercialización. En efecto, el neoinstitucionalismo parecía brindar una explicación más concreta a la cuestión de cómo y cuándo se pueden dar las condiciones para el surgimiento del círculo virtuoso smithiano de crecimiento del mercado, aumento de la especialización y progreso económico general. Como la tesis de la comercialización es esencialmente un relato más bien descriptivo del crecimiento del mercado, nunca pudo explicar por qué en ciertas regiones o en ciertos momentos se registra ese crecimiento, pero en otros no. A esto pretendía dar respuesta el institucionalismo neoclásico aplicado a la historia.

La exitosa introducción del enfoque institucionalista en la historiografía medieval se debe principalmente a la obra de Stephen Epstein (1992), quien adoptó una versión levemente modificada del planteo de North y Thomas con el objeto de eludir algunas de sus aporías. En particular, Epstein intentó eludir el razonamiento circular entre instituciones y costos de transacción que ya hemos criticado,

postulando unívocamente que son las instituciones la causa de los costos de transacción, de los que a su vez se deriva el crecimiento. Allí donde surgieran instituciones centralizadas, la reducción de los costos de intercambio permitiría el aumento de la producción para el mercado, incrementando la eficiencia del conjunto del sistema económico (Epstein, 1991 y 2007). Pero como también hay que explicar por qué las instituciones varían en el tiempo y en el espacio, Epstein postula que son el resultado contingente de los conflictos, entendidos como el enfrentamiento entre poderes jurisdiccionales competitivos. La selección de la variable exógena, por lo tanto, se desplaza hacia la distribución del poder como aspecto determinante de la conformación de estructuras institucionales diversas; un enfoque que incluso puede presentarse como un diálogo con el marxismo de Brenner (Epstein, 1991: 48; 1994).

En este marco, Sicilia aparece como el paradigma del círculo virtuoso de especialización, competencia e integración del mercado. Tras la conquista aragonesa en la década de 1390, se instaura un poder político unificado pero que a la vez no se identifica con ninguna clase dominante urbana particular. Esto lleva a un relajamiento del poder jurisdiccional de las ciudades, es decir, a su incapacidad relativa para distorsionar la circulación mercantil en función de sus intereses y para redireccionar por medios políticos hacia la ciudad el excedente del campo. Tal contexto institucional permite una unificación del mercado que reduce los costos de transacción, incrementa la eficiencia del conjunto de la economía, aumenta el poder adquisitivo del campesinado y le brinda oportunidades e incentivos para que se especialice en la producción para el mercado. Toscana, en el otro extremo, constituye el contraejemplo: la inmensa concentración de riqueza y poder en Florencia es utilizada en beneficio exclusivo de su clase dominante

urbana, imponiendo una situación de explotación fiscal sobre el campo y de privilegios y regulaciones sobre el mercado, que tienen como único objetivo la transferencia forzosa de recursos a la ciudad. Sobreexplotado y pauperizado, el campesino no encuentra ninguna oportunidad para canalizar su racionalidad mercantilista: la estructura institucional del poder lo empuja a refugiarse en la auto-subsistencia. Lombardía funciona como un caso intermedio, políticamente unificada por un señor territorial pero que no se identifica plenamente con la aristocracia urbana y con un sistema urbano policéntrico que permite un cierto grado de saludable competencia.

El ejercicio comparativo, entonces, se presenta como un cuestionamiento al postulado neoclásico del carácter autónomo y lineal de la tendencia al desarrollo del mercado (Epstein, 1993: 471). Pero el argumento es menos incisivo de lo que pretende, porque en realidad no cuestiona los fundamentos de ese postulado, sino que establece las condiciones institucionales en las que ese potencial que anida en el comportamiento de los individuos se actualiza históricamente. Si el campesino no es reducido a la miseria por la fiscalidad, si los circuitos de circulación no son obturados por privilegios políticos desmesurados y si existe un poder unificador que se mantiene equidistante de los intereses sectoriales, puede esperarse, como en Sicilia, la aparición de una economía altamente comercializada y competitiva basada en un sistema de mercados integrados que favorezca la especialización productiva y garantice la eficiencia del conjunto del sistema económico. Sólo hace falta una condición negativa, la ausencia de tales elementos perturbadores, para que el mercado pueda desplegar sus cualidades incrementando la productividad de toda la economía.¹⁷

17 En un sentido similar, *cfr.* Jones (1990: 134).

De cualquier modo, la formulación de Epstein, mucho menos rígida desde el punto de vista teórico y con un espacio más amplio para el análisis propiamente histórico del conflicto, es la base sobre la cual el enfoque institucionalista ha sido aceptado por muchos historiadores. De esta forma, además, se podía incorporar en el análisis el surgimiento y reproducción de instituciones consideradas como “ineficientes” (es decir, según esta visión, que no favorecían el libre desarrollo de los intercambios y de los derechos de propiedad), pero que eran sostenidas por grupos o clases sociales determinadas, que se beneficiaban con ellas. También ha habido una tendencia a ampliar el concepto mismo de instituciones, para incluir normas y comportamientos informales o no reglados pero de importancia fundamental para comprender el comportamiento de los actores. Entre los ejemplos destacados más recientes se puede mencionar el trabajo de Greif (2006), tal vez el más ambicioso desde el punto de vista conceptual, que realiza un análisis comparativo del comercio medieval en Europa y el mundo musulmán. La compilación de Ma y Van Zaden (2011), por su lado, tiene el valor de incorporar una perspectiva euroasiática inusual en la especialidad. Dos investigaciones sobre la Holanda medieval, un área de importante desarrollo comercial, evidencian la vitalidad historiográfica de este enfoque: nos referimos al trabajo de Zuijderduijn (2009) sobre el mercado de capitales, y al muy prolijo estudio de Dijkman (2011) sobre la formación de una red de mercados de productos de consumo masivo y cotidiano. Sin embargo, como hemos dicho, la influencia del institucionalismo no proviene tanto del reducido grupo de historiadores manifiestamente encuadrados en él, sino de la difusión de conceptos claves de esta corriente, como el de costos de transacción, que hoy pueden encontrarse en préstamo prácticamente en cualquier

obra de historia económica medieval, incluso sin adhesión aparente a ese enfoque historiográfico.

Para culminar podemos hacer una doble reflexión final. Por un lado, la perspectiva neoinstitucionalista, convenientemente adaptada por los historiadores, ha llevado a destacar la importancia de una serie de problemas hasta entonces relegados. Al distanciarse de la concepción según la cual los mercados emergen de forma espontánea y natural, los investigadores han puesto el acento en el conjunto de normas que, producto del conflicto social, rodean el desarrollo de la comercialización y permiten comprenderlo de forma concreta. En un sentido amplio, de hecho, el estudio de las instituciones es el estudio de las formas inestables en que, en cierta coyuntura histórica, cristaliza el conflicto social. Por otro lado, sin embargo, esa aportación positiva se ve fuertemente empañada por la lógica neoclásica que impregna el conjunto del enfoque en cuestión. La tendencia a sobredimensionar el desarrollo mercantil, la obsesión por la eficiencia económica abstracta, la búsqueda de derechos de propiedad privada consolidados como condición *sine qua non* del desarrollo, el individualismo metodológico y las consiguientes tautologías subjetivistas, son todos problemas que, en mayor o menor medida, pueden encontrarse incluso en los mejores exponentes de esta corriente.

Conclusiones

En este trabajo nos hemos concentrado en la exposición crítica de las dos corrientes historiográficas que hoy dominan en el medievalismo en lo que hace al estudio de los mercados. Por ello, hemos dejado de lado otras perspectivas menos representativas del estado de la disciplina en la actualidad, pero que presentan sin embargo elementos

de suma utilidad para la renovación de la problemática planteada, y en especial para superar los argumentos más cuestionables del enfoque smithiano y del institucionalismo neoclásico. Podemos mencionarlas ahora brevemente.

Por un lado, la historiografía de tendencia antropológica, particularmente la referenciada en la obra de Polanyi (2003, 1994 y 1976), constituye un antídoto contra el anacronismo de los enfoques dominantes. Polanyi creía que en las sociedades precapitalista la economía se encuentra “incrustada” en las relaciones sociales, por lo que no se puede suponer que tenga una dinámica autónoma como ocurre en la sociedad moderna. Esta diferencia fundamental supone que para comprender un fenómeno como el mercado en el feudalismo, debemos incorporar en el análisis elementos no estrictamente económicos: por ejemplo, las disposiciones políticas que regulan permanentemente la circulación de mercancías, una cuestión omnipresente que suele ser minimizada por las corrientes que hemos reseñado en este trabajo. Incluso desde una perspectiva más empirista, ciertas investigaciones han prestado recientemente atención a este problema (Seabourne, 2003) y a los aspectos más generales de la percepción social de los intercambios (Davis, 2012). Aunque algunos historiadores exageraron la perspectiva antropológica hasta extremos altamente discutibles (Guerreau, 2001 y 2002; Clavero, 1991), sigue siendo cierto que esta línea de análisis, poco explorada, puede todavía realizar una contribución positiva al medievalismo (Le Goff, 1987 y 2012; Grenier, 1996, para el período moderno).

Por otro lado, algunos investigadores han explorado el problema de los mercados en el feudalismo inspirados en la teoría marxista del valor. Este enfoque es a nuestro juicio el más fructífero, siempre y cuando sea adecuadamente formulado, lo que requiere distanciarse tanto de

un pseudomarxismo liberal que en nada se diferencia del smithianismo (Sweezy, 1987; Bois, 1991 y 2001), como de la aversión al mercado que se encuentra en autores como Brenner (1988) o Wood (1999). Hecho esto, el análisis marxista puede incorporar los problemas del modo de producción en una perspectiva no circulacionista sobre la circulación. Sobre este punto, Kula (1977), Milonakis (1995) y Monsalvo (1988) hicieron indicaciones incisivas; Astarita (1992) realizó un análisis enteramente novedoso sobre los problemas del comercio de larga distancia; nosotros mismos hemos encarado el problema de los mercados locales desde esta perspectiva (Colombo, 2010 y 2011).

Como hemos dicho, sin embargo, se trata de perspectivas minoritarias. El predominio historiográfico de smithianos e institucionalistas ha producido un retorno de las explicaciones basadas en el factor mercado para el análisis de la economía medieval. Esta situación ha tenido indudables efectos positivos, en la medida en que ha incrementado significativamente nuestro conocimiento de los intercambios en la base del feudalismo, un sistema social que hoy seguramente nadie consideraría como estático o estancado. Por lo tanto, el antagonismo excluyente entre feudalismo y mercado postulado por Pirenne ha sido definitivamente superado, como así también las visiones pesimistas matusianas y marxistas propias de la segunda mitad del siglo XX. Esto, sin duda, debe contarse entre los logros de la historiografía contemporánea. En cambio, los postulados más ingenuos y simplistas del enfoque smithiano, o los más rígidos y fantasiosos del institucionalismo marginalista, amenazan con llevar a la disciplina a un nuevo callejón sin salida. La superación de este escenario es la tarea que tiene por delante el medievalismo actual.

Bibliografía

- Ankarloo, D. (2002). "New Institutional Economics and Economic History". *Capital & Class*, n° 78, pp. 9-36.
- Astarita, C. (1992). *Desarrollo desigual en los orígenes del capitalismo*. Buenos Aires, Tes is XI.
- . (1997). "Crisis y cambio de paradigma en la historiografía. Una perspectiva desde el medievalismo". *Trabajos y Comunicaciones*, 2ª época, n° 24, pp. 141-170.
- Aymard, M. (1983). "Autoconsommation et marchés: Chayanov, Labrousse ou Le Roy Ladurie?". *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, vol. 38, n° 6, pp. 1392-1410.
- Bailey, M. (1989). "The Concept of the Margin in the Medieval English Economy". *The Economic History Review*, 2nd. ser., vol. 42, n° 1, pp. 1-17.
- . (1998a). "Peasant Welfare in England, 1290-1348". *The Economic History Review*, vol. 51, n° 2, pp. 223-251.
- . (1998b). "Historiographical Essay. The Commercialization of the English Economy, 1086-1500". *Journal of Medieval History*, vol. 24, n° 3, pp. 297-311.
- Bhaduri, A. (1998). "E ciencia económica e instituciones agrarias". *Historia Agraria*, n° 15, pp. 15-25.
- Biddick, K. (1987). "Missing Links: Taxable Wealth, Markets, and Stratification among Medieval English Peasants". *Journal of Interdisciplinary History*, vol. 18, n° 2, pp. 277-298.
- . (1985). "Medieval English Peasants and Market Involvement". *The Journal of Economic History*, vol. 45, n° 4, pp. 823-831.
- Bois, G. (1991 [1989]). *La revolución del año mil*, Barcelona, Crítica.
- . (2001 [2000]). *La gran depresión medieval, siglos XIV-XV. El precedente de una crisis sistémica*, Valencia, PUV.
- Boserup, E. (1967 [1965]). *Las condiciones del desarrollo en la agricultura*, Madrid, Tecnos.
- Brenner, R. (1988 [1976]). "Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial". En Aston, T. H. y Philpin, C. (eds.), *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, pp. 21-81. Barcelona, Crítica.

- . (1989 [1985]). "La base social del desarrollo económico". En Roemer, J. (comp.), *El marxismo: una perspectiva analítica*, pp. 33-67. México, Fondo de Cultura Económica.
- Bridbury, A. R. (1986). "Markets and Freedom in the Middle Ages". En Anderson, B. L. y Latham, A. J. H. (eds.). *The Market in History*, pp. 79-119. London, Croom Helm.
- Britnell, R. H. (1978). "English Markets and Royal Administration before 1200". *The Economic History Review*, vol. 31, n° 2, pp. 183-196.
- . (1981). "The proliferation of Markets in England, 1200-1349". *The Economic History Review*, vol. 34, n° 2, pp. 209-221.
- . (1996a [1993]). *The Commercialization of English Society, 1000-1500*. Manchester, Manchester University Press.
- . (1996b). "Price-setting in English Borough Markets, 1349-1500". *Canadian Journal of History*, n° 31, pp. 2-15.
- Britnell, R. H. y Campbell, B. (eds.) (1995). *A Commercialising Economy. England 1086 to c.1300*. Manchester, Manchester University Press.
- Cahen, C. (1989 [1983]). *Oriente y Occidente en tiempos de las Cruzadas*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Chayanov, A. (1974 [1925]). *La organización de la unidad económica campesina*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Clavero, B. (1991). *Antidora. Antropología católica de la economía moderna*. Milán, Giù rè.
- Colombo, O. (2010). "La ley del valor en los mercados campesinos precapitalistas". *Anales de Historia Antigua, Medieval y Moderna*, vol. 42, 2010, pp. 117-151.
- . (2011). "El intercambio desigual en los mercados locales. Formas de explotación comercial del campesinado en la Castilla del siglo XV". *Edad Media. Revista de Historia*, n° 12, pp. 215-242.
- Davis, J. (2012). *Medieval Market Morality. Life, Law and Ethics in the English Marketplace, 1200-1500*. Cambridge, Cambridge University Press.
- De Roover, R. (1942). "The Commercial Revolution of the Thirteenth Century". *Bulletin of the Business Historical Society*, n° 16, pp. 34-39.
- Dijkman, J. (2011). *Shaping Medieval Markets. The Organisation of Commodity Markets in Holland, c.1200-c.1450*. Leiden - Boston, Brill.

- Dobb, M. (1991 [1946]). *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. México, Siglo XXI.
- . (1987 [1953]). "Nuevo comentario". En Hilton, R. (ed.), *La transición del feudalismo al capitalismo*, pp. 137-141. Barcelona, Crítica.
- Dopsch, A. (1982 [1918]). *Fundamentos económicos y sociales de la cultura europea (de César a Carlomagno)*. Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- . (1943 [1930]). *Economía natural y economía monetaria*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Dyer, Ch. (1991 [1989]). *Niveles de vida en la Baja Edad Media. Cambios sociales en Inglaterra, c.1200-1520*. Barcelona, Crítica.
- . (1996). "Market Towns and the Countryside in Late Medieval England". *Canadian Journal of History*, n° 31, pp. 17-35.
- . (2005). *An Age of Transition? Economy and Society in England in the Later Middle Ages*. Oxford, Oxford University Press.
- Epstein, S. R. (1991). "Cities, Regions and the Late Medieval Crisis: Sicily and Tuscany Compared". *Past and Present*, n° 130, pp. 3-50.
- . (1992). *An Island for Itself. Economic Development and Social Change in Late Medieval Sicily*. Cambridge, Cambridge University Press.
- . (1993). "Town and Country: Economy and Institutions in Late Medieval Italy". *The Economic History Review*, vol. 46, n° 3, pp. 453-477.
- . (1994). "Regional Fairs, Institutional Innovation, and Economic Growth in Late Medieval Europe". *The Economic History Review*, vol. 47, n° 3, pp. 459-482.
- . (2009 [2000]). *Libertad y crecimiento económico. El desarrollo de los estados y de los mercados en Europa, 1300-1750*. Valencia, PUV.
- Fenoaltea, S. (1975a). "The Rise and Fall of a Theoretical Model: The Manorial System". *The Journal of Economic History*, vol. 35, n° 2, pp. 386-409.
- . (1975b). "Authority, Efficiency and Agricultural Organization in Medieval England and Beyond: A Hypothesis". *The Journal of Economic History*, vol. 35, n° 4, pp. 693-718.
- Fine, B. (1997). "The New Revolution in Economics". *Capital & Class*, n° 61, 143-148.

- García de Valdeavellano, L. (1983). *Orígenes de la burguesía en la España medieval*. Madrid, Espasa-Calpe.
- Genicot, L. (1993 [1990]). *Comunidades rurales en el Occidente medieval*. Barcelona, Crítica.
- Greif, A. (2006). *Institutions and the Path to Modern Economy. Lessons from Medieval Trade*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Grenier, J. Y. (1996). *L'économie d'Ancien Régime. Un monde de l'échange et de l'incertitude*. Paris, Albin Michel.
- Guerreau, A. (2002 [2001]). *El futuro de un pasado. La Edad Media en el siglo XXI*. Barcelona, Crítica.
- . (2001). "Avant le marché, les marchés: en Europe, XIII^e-XVIII^e siècle (note critique)". *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, vol. 56, n° 6, pp. 1129-1175.
- Hatcher, J., y Bailey, M. (2001). *Modelling the Middle Ages. The History and Theory of England's Economic Development*. Oxford, Oxford University Press.
- Hilton, R. (1984). "Small town society in England before the Black Death". *Past and Present*, n° 105, pp. 53-78.
- . (1985). "Medieval market towns and simple commodity production". *Past and Present*, n° 109, pp. 3-23.
- . (ed.) (1987 [1976]). *La transición del feudalismo al capitalismo*. Barcelona, Crítica.
- Jones, E. L. (1990 [1981]). *El milagro europeo. Entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia*. Madrid, Alianza.
- Kaye, H. (1989 [1984]). *Los historiadores marxistas británicos*. Zaragoza, Prensas Universitarias.
- Kitsikopoulos, H. (2000). "Standards of Living and Capital Formation in Pre-Plague England: A Peasant Budget Model". *The Economic History Review*, vol. 53, n° 2, pp. 237-261.
- Kowaleski, M. (1995). *Local Markets and Regional Trade in Medieval Exeter*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Kula, W. (1974 [1962]). *Teoría económica del sistema feudal*. Buenos Aires, Siglo XXI.

- . (1977 [1963]). *Problemas y métodos de la historia económica*. Barcelona, Península.
- Le Go , J. (1987 [1986]). *La bolsa y la vida. Economía y Religión en la Edad Media*. Barcelona, Gedisa.
- . (2012 [2010]). *La Edad Media y el dinero. Ensayo de antropología histórica*. Madrid, Akal.
- Lopez, R. (1976). *The Commercial Revolution of the Middle Ages, 950-1350*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Ma, D. y Van Zaden, J. L. (comps.) (2011). *Law and Long-Term Economic Change. A Eurasian Perspective*. California, Stanford University Press.
- Masschaele, J. (1992). "Market Rights in Thirteenth-Century England". *The English Historical Review*, vol. 107, nº 422, pp. 78-89.
- . (1993). "Transport Costs in Medieval England". *The Economic History Review*, vol. 46, nº 2, pp. 266-279.
- . (1997). *Peasants, Merchants and Markets. Inland Trade in Medieval England, 1150-1350*. New York, St. Martin's Press.
- Miller, E. y Hatcher, J. (1978). *Medieval England. Rural Society and Economic Change, 1086-1348*. London and New York, Longman.
- . (1995). *Medieval England. Towns, Commerce and Crafts, 1086-1348*. London - New York, Longman.
- Milonakis, D. (1995). "Commodity production and price formation before capitalism: a value theoretic approach". *The Journal of Peasant Studies*, vol. 22, nº 2, pp. 327-355.
- Milonakis, D. y Fine, B. (2007). "Douglass North's Remaking of Economic History: A Critical Appraisal". *Review of Radical Political Economics*, vol. 39, nº 1, pp. 27-57.
- Monsalvo Antón, J. M. (1988). *El sistema político concejil. El ejemplo del señorío medieval de Alba de Tormes y su concejo de villa y tierra*. Salamanca, Publicaciones de la Universidad de Salamanca.
- North, D. C. (1993 [1990]). *Instituciones, cambio institucional y desempeño económico*. México, Fondo de Cultura Económica.
- North, D. C. y Thomas, R. P. (1991 [1973]). *El nacimiento del mundo occidental. Una nueva historia económica (900-1700)*. Madrid, Siglo XXI.

- Ogilvie, S. (2007). "Whatever Is, Is Right? Economic Institutions in Pre-Industrial Europe". *Economic History Review*, vol. 60, n° 4, pp. 649-684.
- Pirenne, H. (1914). "The Stages in the Social History of Capitalism". *The American Historical Review*. vol. 19, n° 3, pp. 494-515.
- . (1960 [1933]). *Historia económica y social de la Edad Media*. México, Fondo de Cultura Económica.
- . (1962 [1925]). *Las ciudades medievales*. Buenos Aires, Ediciones 3.
- . (1997 [1970]). *Mahoma y Carlomagno*. Madrid, Alianza.
- Polanyi, K. (1976 [1957]). "La economía como actividad institucionalizada". En Polanyi, K., Arensberg, C. y Pearson, H. (eds.), *Comercio y mercados en los Imperios Antiguos*, pp. 289-316. Barcelona, Labor.
- . (1994 [1977]). *El sustento del hombre*. Barcelona, Mondadori.
- . (2003 [1957]). *La Gran Transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México, Fondo de Cultura Económica.
- Postan, M. (1973). *Medieval Trade and Finance*. Cambridge, Cambridge University Press.
- . (1981a [1944]). "La expansión de la economía monetaria". En *Ensayos sobre agricultura y problemas generales de la economía medieval*. Madrid, Siglo XXI.
- . (1981b [1950]). "Los fundamentos económicos de la sociedad medieval". En *Ensayos sobre agricultura y problemas generales de la economía medieval*, pp. 5-37. Madrid, Siglo XXI.
- Procacci, G. (1987 [1955]). "Perspectiva sobre el debate". En Hilton, R. (ed.), *La transición del feudalismo al capitalismo*, pp. 180-199. Barcelona, Crítica.
- Romero, J. L. (1979). *La revolución burguesa en el mundo feudal*. México, Siglo XXI.
- Seabourne, G. (2003). *Royal Regulation of Loans and Sales in Medieval England*. Woodbridge, The Boydell Press.
- Skinner, W. (1964-1965). "Marketing and Social Structure in Rural China". *The Journal of Asian Studies*, parte I, vol. 24, n°1, pp. 3-44; parte II, vol. 24, n° 2, pp. 195-228; parte III, vol. 24, n° 3, pp. 363-399.
- Smith, A. (2002 [1776]). *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones*. México, Fondo de Cultura Económica.

- Smith, C. A. (1974). "Economics of Marketing Systems: Models from Economic Geography". *Annual Review of Anthropology*, vol. 3, pp. 167-201.
- . (1975). "Examining Stratification Systems through Peasant Marketing Arrangements: An Application of Some Models from Economic Geography". *Man*, vol. 10, n° 1, pp. 95-122.
- Sweezy, P. (1987 [1950]). "Crítica". En Hilton, R. (ed.), *La transición del feudalismo al capitalismo*, pp. 43-77. Barcelona, Crítica.
- Weber, M. (1989 [1896]). "La decadencia del mundo antiguo. Sus causas sociales". En AA.VV, *La transición del esclavismo al feudalismo*, pp. 35-57. Madrid, Akal.
- Wood, E. M. (1999). *The Origin of Capitalism*. New York, Monthly Review Press.
- Zuijderduijn, C. J. (2009). *Medieval Capital Markets. Markets for renten, State Formation and Private Investment in Holland (1300-1550)*. Leiden - Boston, Brill.